

**Solenne Morin  
Vincent Buard**

# **MAUPASSANT, AUTOR NORMANDO**

1º Premio en el “desafío” literario de 1998 propuesto por el Instituto San Francisco de Sales de Alençon.

Original en francés y digitalizado por Thierry Selva para <http://maupassant.free.fr>

Traducción al español, con autorización de los autores y digitalizado en formato pdf, por José Manuel Ramos González para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

Nota del traductor.- Todos los relatos citados en este trabajo, destacados en negrita, pueden leerse en español en <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Todorelatos.HTM>

## ¡Bienvenidos!

Vais a descubrir el fruto de nuestro trabajo. Pero ante todo, ¿quiénes somos y por qué esta tarea?

## ¿Dónde?

En 1997-1998, éramos estudiantes de 1 de Bachillerato en el Instituto San Francisco de Sales de Alençon, en l'Orne (Baja-Normandía). Cada año, nuestro Instituto organizaba los «desafíos culturales», tanto en «Matemáticas» como en «Francés». Ese año, el desafío literario proponía el tema: «Maupassant, autor normando».

## ¿Quién?

Hola, me llamo Solenne Morin. Estando en primer curso de bachillerato científico el año anterior, había participado en el desafío cultural de matemáticas sin considerar el desafío de francés propuesto, que en aquel entonces trataba de Santa Teresa del Niño Jesús, nacida en Alençon. A principios de C.O.U, cuando supe que el tema trataba de Maupassant, enseguida me apeteció hacerlo y la idea de asociarme con Vincent podía parecer atrevida pues él ya tenía «experiencia» en realizar tales proyectos, por haberlos acometido los tres años anteriores, habiendo obtenido notables resultados. Sin embargo, ahora, soy de la opinión que esta asociación ha sido muy beneficiosa y el resultado está ahí para probarlo. Vosotros deberéis juzgar...



En cuanto a mí, me llamo Vincent Buard y cursaba el C.O.U de letras. Y en efecto este trabajo es el producto de una alianza «científico-literaria». Y eso es precisamente lo que hace que su resultado sea interesante; supone una innovación en cuatro años de «desafíos». Como ha dicho Solenne, yo había participado en otros «desafíos»: «Balzac y Alençon en 1995», «Margarita de Navarra» en 1996, y «Santa Teresa del Niño Jesús». En los dos primeros, no conseguí más que el segundo puesto. En el tercero, obtuve el primer premio ¡por falta de concursantes! Este nuevo desafío era como una revancha, y con Solenne, hemos luchado duramente hasta el final, hasta el mes de mayo. Las largas horas de preparación, de investigaciones, de redacción, todo ello contando con la ayuda de un amigo (¡gracias Aymeric!), se han visto finalmente recompensadas. Qué alegría supuso la obtención de los premios, tras la angustia; en efecto, ¡el vencedor era nombrado en último lugar! Ahora, como ha dicho Solenne, a vosotros os corresponde juzgar...

## ¿Cómo?

Disponíamos de algunos meses para documentarnos y realizar un trabajo libre. Elegimos una forma bastante clásica, la de redacción en papel. Durante nuestras investigaciones, descubrimos el sitio web dedicado a Guy de Maupassant, realizado por Thierry Selva, con quién hemos simpatizado. En mayo de 1998, ¡supimos con alegría nuestra victoria!

## ¿Por qué?

Sin embargo no hemos cortado los lazos con Thierry Selva. Tuvimos la idea de que os pudieseis sacar partido, visitando su sitio web, del fruto de nuestro trabajo. Y ha sido Thierry quién ha permitido esta iniciativa. ¡Y aquí está!

«Ahora entrad en el corazón de una aventura normanda, ¡con Guy de Maupassant!»

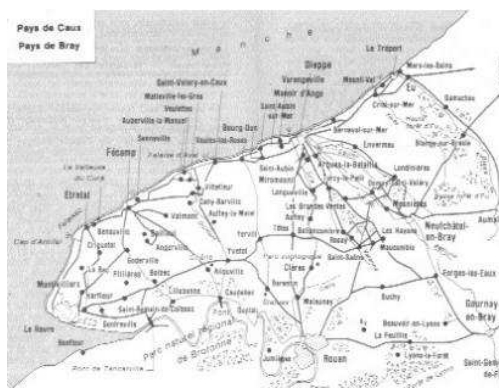
\*\*\*

Contar la vida de Guy de Maupassant, consiste también en profundizar en el estudio de su obra. En efecto, sus libros son un reflejo de su vida, a la que siguen etapa tras etapa. Hay que decir que su vida fue hermosa en su rapidez, inquieta y dolorosa. Toda la obra de Maupassant se explica por un miedo extremo a la muerte, miedo que lo atenazó lentamente, de un modo implacable, y que lo acompañará en las sensaciones más violentas de la vida.

El carácter dual de Normandía, agraria y marítima, se revela en él. Es una gran fortuna para un artista encontrarse en tan perfecta comunión con el país del que va a extraer la sustancia. Tierra fecunda, a Normandía no le falta de nada, ni productos del suelo, ni trabajo del espíritu. Los normandos se distinguen tanto en el ámbito militar y económico, como en el político. De Corneille a Flaubert y a Maupassant, Francia debe a esta hermosa región algunos de sus mejores escritores. Maupassant es un normando puro. Lo es físicamente, por su complexión y su fuerza, y moralmente por su «ingenuo orgullo»:

*«Orguillos sunt Normant e fier,  
E vanteor, e bonbancier...»*  
(en **Roman de Rou** de Robert Wace)

Ser cauchois del litoral, supone ser dos veces normando, y es así como se nos presenta Maupassant.



La Alta-Normandía se distingue de los países bajos normandos por su altitud pero también por su posición norte: valle de Auge, Bocage, Bessin. El Sena reptaba entre las laderas, y los acantilados muestran su roca caliza blanca. No hay ningún detalle que Maupassant haya dejado de observar. En efecto, como veremos, Guy de Maupassant es

un observador. Describirá Normandía, tanto la costa y la llanura como las costumbres de sus habitantes. De este modo su obra se presenta como una fiel reproducción de su país natal...

Maupassant parece entonces más que ligado a esta Normandía. Con respecto a ella dice: «Amo este país y me gusta vivir en él porque allí tengo mis raíces, esas profundas y delicadas raíces, que atan a un hombre a la tierra en la que han nacido y muerto sus antepasados, que lo aferran a lo que se come, a las costumbres, a los alimentos, a las locuciones locales, a las entonaciones de los paisanos, a los olores del suelo, de las ciudades y del propio aire. Amo la casa en la que crecí. Desde mis ventanas, veo el Sena que discurre a lo largo de mi jardín, detrás del camino, casi en mi casa, el gran y largo Sena, que va de Rouen al Havre, cubierto de barcos que pasan...»

## Guy de Maupassant 1850 – 1893

Guy de Maupassant nació en el castillo de Miromesnil, sito en el municipio de Tourville-sur-Arques, cerca de Dieppe, el 5 de agosto de 1850. Su madre, Laure de Maupassant, es una mujer de una gran belleza; su padre, Gustave, es un hombre distinguido, que dará sus rasgos a su hijo, si bien los de Gustave son más finos, menos viriles. Era un seductor. Los Maupassant son originarios de Lorena, y ostentan el título de marqués, habiendo sido ennoblecidos por el emperador Francisco.

Si fue un matrimonio por amor, no fue un matrimonio feliz. Tuvieron dos hijos, dos chicos: Henri-René-Albert-Guy de Maupassant y Hervé, que nació en 1856. El lugar de nacimiento es discutido, a causa de una diferencia entre dos actas oficiales. En una de ellas puede leerse: «nacido en el castillo de Miromesnil»; en la otra «nacido en Sotteville», cerca de Yvetot. En la *Revue Encyclopédique* se consigna Yvetot como el lugar de su nacimiento... «La llegada de Maupassant, como la de Homero, está rodeada de leyendas...» Algunos piensan incluso que Flaubert es su tío. Pero al respecto, Maupassant escribirá: «La nota de la redacción que os atribuye un parentesco conmigo es muy bonita; por lo demás, ¡esta revista es grandiosa!» Para aquellos que no aceptan que Maupassant es sobrino, le asignan el título de ahijado. ¡De un padrino literario, se ha hecho una realidad litúrgica! ¡Algunos incluso llegarán a decir que sería su hijo! Sin embargo, Normandía no puede perder a Maupassant. Incluso se llega a silenciar su origen lorenés.



Guy de Maupassant pasa tres años en Miromesnil, jugando con el hijo del granjero. Era rudo como un pequeño aldeano. A los cuatro años, se trasladan al castillo de Grainville-Ymauville, en las proximidades del Havre. Los dos niños permanecen con su madre y se retiran a la villa de los Verguies (locución local de «vergeles») en Étretat; Guy tiene nueve años... Tuvo una infancia feliz. La casa es rústica. Según el artículo del Sr. A. Guerinot en *Mercur de France*, «estaba lejos del mar y a lo largo de la ruta que llevaba a Fécamp, una casa de dos pisos, sin refinamiento arquitectónico. Nueve ventanas se recortaban en la fachada de un balcón que sostenían unos pilares cubiertos de plantas trepadoras. (...) En el interior, las amplias habitaciones encerraban un rico mobiliario antiguo, realzado con muebles provenientes de la abadía de Fécamp y maravillosas lozas de Rouen.» El jardín fue diseñado por la propia Sra. de Maupassant.

Ella no permite a nadie asumir la educación espiritual de sus hijos. Enseña a Maupassant a leer y a escribir. También lo hace interesarse por el espectáculo que la naturaleza proporciona, haciéndole describir lo que ve. Maupassant aprende a **observar**. Muy joven, Guy memoriza los textos con una especial facilidad y toma contacto con los clásicos; *Macbeth* y *El Sueño de una noche de verano* constituyeron sus primeras emociones literarias. Un vicario de Étretat lo inicia en el latín y le enseña el catecismo, «un gran cura huesudo, cuadrado de ideas como de cuerpo». Esta figura del cura bonachón de Caux, se encuentra en *Una Vida* bajo los rasgos del abad Picot o también en la misma novela bajo el nombre del abad Tolbiac. Toda su infancia ha estado indisolublemente unida al paisaje de la Alta Normandía. La pesca no tiene para él misterio alguno y la navegación costera ninguna dificultad. En la región, se le adora; es amigo de todos. Almacena en su memoria rasgos, costumbres, palabras, actitudes, paisajes, sensaciones.



La separación de sus padres provoca su entrada en el Seminario de Yvetot, lo que no podrá soportar. Las costumbres eclesiásticas se le hacen intolerables. El niño queda desde entonces desligado para siempre de la fe religiosa. «Desde muy pequeño, los ritos de la religión, la forma de las ceremonias me molestaban. No veía en ellas

más que ridículo.» Sin embargo, escribirá el *Dios Creador*, poema filosófico que se conserva en un «cuaderno de honor» en el instituto de Rouen. Expulsado por una epístola juzgada demasiado «liberal», termina el año escolar en su casa. A principios de 1867, va a estudiar a Rouen. El internado del instituto le pesa menos que el régimen del Seminario.

Se cartea con Louis Bouilhet, amigo de Flaubert. Ambos son para él viejos camaradas. Le aconsejan sobre sus trabajos, le enseñan a temer lo mediocre, a mostrarse exigente consigo mismo.

Durante las vacaciones, regresa a Étretat, con inmensa alegría. En el verano conoce al inglés Swinburne. Hace referencia a ello en «el inglés de Étretat», publicado en el *Gaulois*, de los que algunos pasajes son idénticos a los de **la Mano disecada** (1875), publicado bajo el pseudónimo de Joseph Prunier, luego también en **La Mano** en *Los Cuentos del día y de la noche* o todavía en el Prólogo a los *Poemas y Baladas* de Swinburne. Desde sus últimos años de colegio, sus idean parecen ir afianzándose.



Comienza los estudios de derecho cuando estalla la guerra. Parte para el conflicto. Guy es un hombre que desconoce el miedo; experto tirador, habría podido ser un buen soldado. Siempre observa lo que pasa a su alrededor. Todas las experiencias de su vida las conserva en la memoria para plasmarlas después en sus obras: **Bola de Sebo, Mademoiselle Fifi, La madre salvaje, El viejo Milon, La aventura de Walter Schnaffs, Dos amigos, Un Duelo, La cama 29** y tantas otras...

Entra en las oficinas administrativas del ministerio de la Marina. Allí sigue observando, aunque su trabajo lo aburre. Su robustez, su actitud física son extraordinarias. Pero ya sufre. En el momento en el que encuentra el éxito, surge la enfermedad; padece terribles jaquecas, prolongados insomnios; fenómenos nerviosos lo agitan. Apacigua sus males mediante estupefacientes y abuso de anestésicos. Luego se ve afectado por trastornos visuales. Guy tiembla en secreto, y unas extrañas fobias lo acosan.

Durante sus estudios, mantiene excelentes relaciones con Flaubert, que lo presenta a ilustres escritores de la época, como Tourgueniev, Zola, Daudet, Goncourt, e

incluso a la princesa Mathilde. Ellos le sugieren que utilice seudónimos, que él usará para sus primeros escritos. Cada semana cena con Zola y sus amigos. Es así como participará en la elaboración de las *Veladas de Médan*, antología de relatos publicada en 1880, que constituirá el manifiesto de la Escuela Naturalista y de la que formará parte el largo relato **Bola de sebo** que obtendrá un resonante éxito.

Los primeros escritos no bastan a Guy. Flaubert le abre los accesos de ciertas puertas, en particular las de algunos periódicos. En cualquier caso, sus principios son difíciles. Pero desde el momento en que las puertas se abren ante él, todo va a cambiar.

Abandona su monótono trabajo de funcionario y se convierte en periodista y escritor. A partir de ese momento, consigue vivir bien de su pluma: trescientos cuentos reunidos en una quincena de antologías, como *La Casa Tellier*, *Los Cuentos de la becada*, *Miss Harriet*, etc.

Vive en lujosos apartamentos, posee una villa en la costa normanda, compra, con los derechos de autor de la novela, un yate al que llama «Bel-Ami», para realizar cruceros por el Mediterráneo.

Su éxito y riqueza le abren las puertas de la alta sociedad. Ya no son ahora los aldeanos bretones, los pequeños empleados de los ministerios y las jovencitas facilonas, con las que se encontraba a orillas del Sena, quiénes le inspiran, sino las gentes de alto copete de los que captura, con una sensibilidad a flor de piel, las pasiones subterráneas y los entresijos sentimentales. Pasa del cuento pintoresco o picante, con el que ha hecho su fortuna, a los largos relatos y a las novelas del corazón humano.

Hace ya tiempo que ha contraído la sífilis, y sufre atroces jaquecas, alucinaciones, ansiedad y crisis nerviosas, consecuencias también de una enfermedad mental y hereditaria (madre con tendencias suicidas; hermano menor que acabará sumido en la demencia). Trata de remediarlo mediante drogas y abusando del éter.

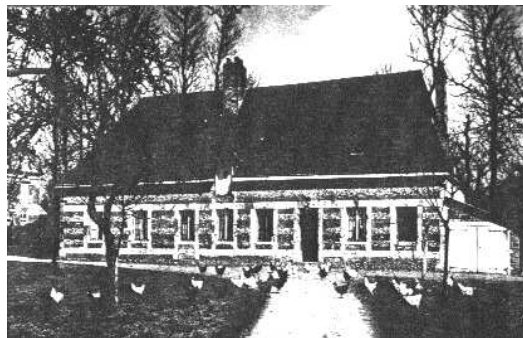
Sin embargo, tan observador de sí mismo, como de los demás, utiliza el resultado de sus investigaciones en sus cuentos fantásticos y crueles, que angustian al lector produciendo en éste una sensación enfermiza, «una vez acabado el libro».

En el momento en que se siente amenazado por la esterilidad creativa, se vuelve realmente loco, y tras una tentativa frustrada de suicidio, muere en una clínica para enfermos mentales en Passy, el 6 de julio de 1893.

## **La obra de Maupassant, reflejo de la tradición y el trabajo normandos.**

Maupassant decía: «en las costumbres como en los alimentos, en las locuciones locales, en las entonaciones de los aldeanos, en los olores del suelo, de las ciudades y del propio aire...» (como hemos visto anteriormente). En efecto, en la obra de Maupassant, es Normandía al completo la que está pintada. Página tras página, son las costumbres y los paisajes que están descritos, lo que concede a los relatos una verdadera nota realista. Es interesante pues destacar en la obra de Guy de Maupassant un cierto vínculo con las tradiciones del campo, en lo referente a su realidad...

El normando, el cauchois adquiere vida propia en sus novelas. Pero Maupassant nunca desnaturaliza lo que es verdadero. No hace otra cosa que iluminar la



realidad cotidiana. «Permanece auténtico, describe lo auténtico.» Nobles, burgueses, aldeanos, marinos, pescadores, obreros y putas, todas conservan su verdad. A pesar de las diferencias sociales, hay entre ellos una semejanza. En efecto, todos creen en la realidad del mundo exterior.

Sería interesante ver en que marco se desarrolló el normando. ¿Dónde vive? En la obra de Guy de Maupassant, tenemos varias descripciones de la granja o cuando menos del habitat normando. Aparentemente la casa se encuentra en medio de un cercado, plantado de manzanos. El espacio sobrante sirve para el cultivo de las legumbres. En ese decorado, se encuentra también una granja, un establo, una caballeriza... Podemos elaborar los planos típicos de las casas que se encuentran en la región de Caux, tanto la cabaña, como la casa solariega, incluso el castillo.

En la época de Maupassant, las techumbres de paja de las casas casi han desaparecido. Ese material ha sido reemplazado por pizarra, las tejas (o «la horrorosa teja metálica»). Sin embargo el adobe es la base de la construcción rural, que rellena los entramados. La piedra está solamente reservada a las construcciones nobles. Por el contrario, el ladrillo rojo es a menudo utilizado, sin duda alguna por ser fabricado en la región, gracias a la arcilla del suelo. La mayoría de las habitaciones son bajas, de uno e incluso dos pisos, como la de los Roland, en **Pedro y Juan**, que se encuentra realmente en el Havre, en la calle Belle Normande. Pero las construcciones más antiguas son de piedra y mucho más altas. Muchas han sido reformadas, como casas solariegas convertidas en granjas.

Dans **El viejo**, Maupassant describe el interior de una granja: «Después de atravesar la cocina, se metieron uno tras otro en una alcoba muy baja de techo y muy oscura, porque solo recibía luz de un ventanuco cubierto con un pingajo de indiana de Normandía. Las toscas vigas del techo, denegridas, ahumadas, atravesando la estancia de parte a parte, sostenían el delgado piso del granero, por donde sin cesar evolucionaba de día y de noche un ejército de ratas.»



Tales son las evocaciones del autor en relación a las habitaciones normandas.

En la llanura de Caux, a veces pueden encontrarse cazadores. A este respecto, en la cabaña, no es raro que uno o dos fusiles estén colgados encima de una chimenea. Pero los furtivos también son numerosos. Tanto los cazadores, como los furtivos, han proporcionado a Maupassant gran número de temas, especialmente en *Los Cuentos de la Becada*, donde los relatos de caza abundan. «La caza es una especie de necesidad ancestral para el normando.» Pero también es un pretexto para las historias que se cuentan en la mesa, para divertirse, «ante un asado de liebre». La caza, como el mar, alimenta lo esencial de su obra. En **Amor**, tres páginas del diario de un cazador, puede leerse: «Nací con todos los instintos y emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto. Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos.»

¿Cómo se nos presenta en realidad el cazador en la obra de Maupassant? Se parece a Hautot padre, en **Hautot y su hijo**, es decir: «Un normando altísimo, uno de

esos hombres fornidos, sanguíneos, huesudos, que levantan con sus hombros carros llenos de manzanas. Medio campesino, medio caballero, rico, respetado, influyente, autoritario.» La caza parece ser un acto solemne, y el instante antes del primer disparo, sagrado: «Era el instante solemne en que se espera el primer tiro, en que el corazón late un poco más de prisa, mientras el dedo nervioso palpa constantemente los gatillos.» Así es como se nos presenta el cazador antes de actuar.

Desde el principio de **La herrumbre**, Maupassant nos presenta a un apasionado de la caza (en efecto, a Maupassant le gusta describir apasionados): «Cazaba todos los días, desde muy temprano, hasta la noche, con un ardor furioso. Cazaba en invierno como en verano, en primavera como en otoño, en los pantanos, cuando la veda prohibía la caza en campos y bosques; cazaba a la espera, en batida, con perro de muestra, con galgos, con liga, con espejuelos, con hurón. Sólo hablaba de cacerías y no soñaba en otra cosa, repitiendo sin cesar: “¡Deben de ser muy desgraciados los que desconocen los goces de la caza”.»

He aquí como se desarrolla la jornada de caza de un normando apasionado. Acabamos de ver la actitud del cazador, como se dispone a disparar, en suma como era su pasión. En **Historia verdadera** tenemos una imagen de los cazadores después de la caza: «comían sentados alrededor de una mesa muy capaz, en la casona del huésped. Hablaban ladrando, reían rugiendo, al beber parecían cisternas, y con las piernas estiradas, los codos sobre los manteles y los ojos echando chispas, gozando el delicioso calor del abundante fuego del hogar, cuyas llamas enrojecían el techo con sus resplandores, hablaban de cacerías y de perros (...) Pero esta conversación iba cediendo lugar a otros pensamientos, provocados en parte por la exaltación del vino y en parte por la presencia de una moza exuberante y mofletuda que servía los platos.(...)»

Todos los matices del placer de la caza son expresados por Maupassant, tanto la broma, en **Broma normanda**: «¡quien va de caza pierde su plaza!» en *los Cuentos de la Becada*, como la anécdota, en **La herrumbre**. Incluso es muy probable que Maupassant haya sentido esas impresiones, recorriendo el campo con un fusil bajo el brazo. Así le ha sido más fácil describir con fidelidad esta tradición de la caza. Pero la evocación de la pesca tiene también su lugar en la obra de Maupassant.I

En un cuento muy pesimista (el propio Maupassant consideraba Normandía como el «cantón del pesimismo»), **El borracho**, Maupassant nos introduce a los pescadores del modo siguiente: «(...), las manos en los bolsillos, encorvados bajo la borrasca, el gorro de lana calado hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos, con una sotabarba áspera, con la piel quemada por las saladas ráfagas de alta mar, de rojos azules con una pinta negra en el centro, esos ojos penetrantes de los marinos que ven a lo lejos en el horizonte, como un ave de presa.»

En *Una Vida*, Jeanne observa los movimientos mecánicos de los pescadores en Yport: «Caía la tarde, y los pescadores llegaban por grupos a tierra, caminando torpemente con sus grandes botas de agua, con el cuello cubierto por lana, un litro de aguardiente en una mano y la linterna del barco en la otra. (...); ponían en la orilla, con normanda pachorra, sus redes, sus boyas, un gran pan, un bote de mantequilla, un vaso y la botella de tres cuartos.»



En los primeros párrafos de **La madre Sauvage** se nos muestra el particular apego de Maupassant por la pesca y el campo: «..., Me gustaba todo el campo de Virelogne, sembrado de bosquecillos y surcado por arroyuelos que parecen venas que



corren por el suelo llevando la sangre a la tierra. ¡Qué cangrejos, truchas y anguilas se pescaban en ellos! Era una suprema felicidad»

Maupassant también describe la vida de la pequeña nobleza que vive ceca de la tierra, al igual que los aldeanos. Ésta conserva el sentimiento de su superioridad pero soporta, sin indignarse, la nueva idea de la igualdad de los hombres.

En el fondo, todo el mundo piensa como el mendigo de *Una Vida*: «¿Dice usted que más habría valido que la muerte me segase a mí? ¿Por qué habría sido mejor? ¿Porque yo soy pobre y ellos ricos? (...) ¡Todos somos iguales ante ella!» Hasta en el aspecto cómico y bromista, este espíritu de igualdad y de justicia se manifiesta en el normando. Así Maupassant permanece cerca del pueblo llano, y por esta razón, va a alimentar su obra con todos los ingredientes que hacen de Normandía lo que es.

Al principio del **Horla**, Maupassant enumera, entre los lazos que lo atan a la tierra normanda, «las locuciones, las entonaciones de los aldeanos», en definitiva, el dialecto cauchois. Sin embargo no abusa de estos efectos que rápidamente desagradan al lector extranjero a la tierra descrita. Se nota particularmente en ese lenguaje una confusión entre el singular y el plural, o una forma elíptica de hablar. En este sentido podemos citar el siguiente párrafo de la antología *La mano izquierda*, cuando **Boitelle** presenta a su madre a la negra que él lleva al pueblo para convertirla en su esposa: : «*Yastá*, ya le había yo *decido* que *na* más verla *e* un *cacho* rara, pero *a conocela* en serio no hay *na* más *bonico* en la tierra. ¡*Saudala pa* que no *sasuste!* » La respuesta es completamente significativa : « ¡*Es mu negra!* »

En el relato **Los zuecos** de *los Cuentos de la Becada*, los padres de Adelaide saben que su hija está «llena como un tonel». Se ve tratada de «burra», de «arrastrada». « ¡*No saía lo que se hacía, la atontá!*». No deja de recordarnos al francés de la Edad Media. En **Pierrot**, Maupassant indica al lector la pronunciación normanda de las palabras cuando él no lo escribe, por ejemplo: «Pero un perrito (en Normandía se pronuncia *quin*), un pequeño mequetrefe de *quin* que ladra.»

En *Una Vida*, la jerga de los aldeanos interviene sin cesar, lo que hace sumergirse al lector en la escena. La particularidad del lenguaje normando está caracterizada por elipsis de vocales y conversiones de « e » en « é ». No obstante, el lector llega a comprender. Se trata pues de una mezcla de francés corriente y de expresiones dialécticas, que producen la ilusión de un lenguaje específico. En las palabras del personaje de Désiré Lecoq, el futuro marido de Rosalie, consigue concentrar la expresión normanda por excelencia. A lo largo de la novela, los aldeanos conservan en sus palabras el color local, con motivo de la trágica muerte de los amantes. Los normandos de pura cepa de hoy reconocerían en sus palabras un aspecto completamente verídico, especialmente el « i » que se añade al sonido « au » o « eau ». (por ejemplo: « *seau* » (cubo en español) se convierte en « *sieau* » de ahí la expresión un « *sieau d'ieau* »)

La vestimenta característica de la Normandía de la época, aunque cuando tenga un lugar restringido en casa de los normandos, son evocados. Las mujeres visten « camisola, una falda de lana, zuecos, pañoleta...». Sus gorros altos son dentados, pero ya han desaparecido en la época de los Cuentos, por eso se destaca más a menudo la boina o el sombrero. Los hombres llevan la mayoría del tiempo la levita de ceremonia, una blusa azul por debajo, un gorro de seda negra; al menos es así como aparecen en la primera parte de **El cordelillo**. Maese Hauchecorne llevaba «una blusa azul, brillante, como barnizada, adornada en el cuello y en los puños con un dibujito de hilo blanco, hinchada alrededor de su torso huesudo que parecía un globo a punto de levantar el vuelo, de donde emergía una cabeza, dos brazos y dos pies».

Con motivo de eventos o fiestas excepcionales, Maupassant también evoca los vestidos que se llevan. Por ejemplo en **El bautismo**, las mujeres llevan un «gorro alto» y un «chal rojo», el «pilluelo» que va a ser bautizado está cubierto de «ropas blancas». En **La casa Tellier**, con motivo de la comunión, las mujeres «completamente de azul, de seda azul, de la cabeza a los pies, llevaban encima un chal francés de falsa cachemira, rojo, cegador, fulgurante.» Otra mujer lleva «un vestido escotado cuyo corsé, enlazado con fuerza por sus compañeras, hacía destacar su vejestorio pecho en una doble joroba siempre agitada que parecía líquido bajo la tela.» Otras llevan «sombrosos simulando un nido de pájaros ». Los trajes a veces son tan extraños que «parecen haber sido cortados (...) en medio de viejas cortinas de ventana (...) procedentes de la época de la Restauración ». En **Broma normanda**, que evoca una noche de bodas, las mujeres llevan esta vez «unos chales flojos sobre la espalda, y de cuyos extremos salen sus brazos con ceremonia. Son rojos, abigarrados, luminosos.» Los hombres, los «endomingados» (**El bautismo**) llevan «altos sombreros brillantes de seda », para los ricos, «viejos sombreros deshilachados que parecerían de piel de topo, (...) unos gorros, en lo concerniente a los más humildes».

El momento de la comida parece ocupar un lugar destacado para los normandos. También en *Una Vida*, donde llama la atención la solidez de los alimentos (pan, mantequilla, queso y salchichas) y también las bebidas a voluntad de las barricas (agua, vino y sidra), que en **Broma normanda**, cuento que pone en escena un día de boda, la abundancia de los alimentos parece corresponder a las expectativas de una boda tradicional. La duración de la comida es considerable: «Se sientan a comer a las dos. A las ocho todavía se sigue comiendo». Además, el estado de los invitados dice mucho de la duración de la comida ofrecida ese día: «Los hombres desabotonados, en mangas de camisa, la cara enrojecida, tragando como pozos sin fondo. La sidra amarilla brillando, alegre, clara y dorada, en los grandes vasos, al lado del vino clarete o del vino tinto, color de sangre.» Una vez más, en **Una cena de Nochebuena**, la mesa se describe con precisión: «Al llegar la noche nos sentamos a la mesa, ante el gran fuego de la alta chimenea, donde asaban un lomo de liebre y dos perdices, que olían muy bien.»

En estas comidas, la alegría a menudo da lugar a «bromas pesadas». Como en *Una Vida*, «llegaban a bordear las obscenidades proferidas en la mesa. (...) Desde hacía cien años, idénticas picardías servían para las mismas ocasiones, y, aunque cada uno las conocía ya, todavía lograban hacerse partir de risa a las dos hileras de invitados.» Si no son bromas, los finales de comida siempre conducen a algo: «invadidos por esas alegrías de solitarias, alegrías comunicativas que nacen de repente entre dos íntimos amigos, hablamos sin descanso, buscando en nuestra memoria para contarnos esos recuerdos confidenciales del corazón que se escapan en horas de efusión » (**Una cena de Nochebuena**)

Pero no siempre son días de fiesta, y las comidas no siempre son tan importantes. En efecto, la alimentación es a menudo sencilla, como lo vemos en **El tío Amable**. Así, «... antes de empezar a comer; no quería que se desperdiciase nada, ni siquiera un poquitín de aquel calor que daba el fuego, y que era muy caro, ni siquiera una gota de aquella sopa que contenía grasa y sal, ni siquiera una migaja del pan, que se hace con trigo.» Podemos hacer una analogía con lo que podemos leer en **Campesinos**, a saber: «Los Vallin estaban sentados a la mesa, comiendo con lentitud trozos de pan que frotaban parsimoniosamente con un poco de mantequilla picada con el cuchillo, en un plato situado entre ambos.» Así, vemos la pobreza de lo cotidiano de los aldeanos y los habitantes normandos.

Lo que parece caracterizar al normando es sin duda alguna su apego al trabajo. Nos percatamos de ello en **El tío Amable**: «Todavía trabajaban los campesinos,

desparramados por el campo, en espera del toque del Angelus que les indicaría que era hora de regresar a sus granjas, cuyos techos de bálago se distinguían aquí y allá, por entre las ramas desnudas de los árboles que resguardaban del viento los cercados de manzanos.» En **Campesinos**, el trabajo parece ser verdaderamente el sostén de toda la familia: «los dos aldeanos trabajaban duro en la tierra infecunda para poder criar a sus pequeños.» Pero no solo los hombres son los que van a vivir de la tierra normanda y su familia; las mujeres también participan activamente en los trabajos de la granja, desde luego de modo mecánico: «Y dos mujeres, la madre y la hija, van, con andares de vaivén la una tras la otra por un estrecho sendero marcado entre la cosecha, hacia ese regimiento de animales. Cada una lleva dos cubos de zinc alejados del cuerpo por un aro de barrica; (...) No hablan. Van a ordeñar las vacas (...) Luego regresan, más lentamente, cargadas con el peso de la leche, la madre delante, la hija detrás.»



## El carácter normando

Maupassant, en muchos de sus cuentos, se ha inspirado en aldeanos y nobles normandos. Se ha servido de historias que le habían sido contadas y las ha transcrito fielmente. De este modo es fácil para el «forastero» hacerse una idea de la idiosincrasia normanda, gracias a las numerosas anécdotas y descripciones. Tanto la avaricia, como la desconfianza o la «sorna», su gran apetito, al igual que la dura dedicación al trabajo son evocadas.

Dos de estos aspectos se ponen de manifiesto en **El cordelillo**, donde Maupassant se focaliza sobre maese Hauchecorne, quién se agacha, a pesar de sus reumatismos, para recuperar «en el suelo un cordelillo». En efecto, según él «todo lo que puede servir para algo merece recogerse». Sin embargo, ese gesto provoca la sospecha del pueblo de Goderville, pues todos pensaban que lo que él había recogido era una cartera de cuero negro, ricamente labrada. Pero aunque se humilla diciendo ante todo el mundo lo que había recogido, nadie le creyó. Enfermó hasta morir.



La avaricia de un hombre provoca la sospecha de un pueblo entero, que finalmente provoca su muerte.

En **El asunto de Madame Luneau**, Maupassant nos cuenta una historia de un negocio insólito entre una mujer, Madame Luneau, viuda, sin hijos, que desea precisamente tener uno. Para lograr su objetivo, ofrece cien francos a aquél que se lo haga. Pero una vez embarazada, y habiendo «intentado el asunto» con seis hombre, ella no quiere hacer honor a su promesa pretextando: « ¡Cien francos! ¡Cien francos! ¡Cien francos por eso! Ninguno me ha pedido nada, y tú, ¡cien francos! Míralos: ocho mocetones como castillos y ninguno me ha pedido nada. Pude tener ciento si quisiera, ¡ciento, doscientos, quinientos de balde!»



Puede que se encuentren en ciertos cuentos unos personajes que tienen tal afán de dinero que pueden incluso llegar al crimen, incluso en la pequeña campiña de Fécamp, en Epreville. En **El barrilito**, se puede ver a un posadero que proyecta pagar a una anciana «treinta escudos de cien céntimos» cada mes con una sola condición: heredar, a la muerte de ésta, todos sus bienes. Pero viendo que no muere, la incita a beber alcohol, de modo que ésta muere al cabo de un año. En efecto, según el posadero, orgulloso de su plan, dice: «Si esa palurda no se hubiese entregado a la bebida, hubiera vivido aún diez años

más.»

El más escandaloso de los cuentos en cuanto a la avaricia es seguramente **Campesinos**, donde una mujer rica (todavía sin hijos – en efecto Maupassant estaba obsesionado por la identidad de los hijos) se propone «comprar» un niño. Se lo plantea a dos familias vecinas. Una de ellas encuentra la idea inadmisibles, la otra duda, luego sucumbe a la tentación. «Cien francos al mes no es bastante para que me prive del gusto de ver al niño; además, el niño, dentro de algunos años, trabajaría, nos ayudaría, ganaría también algo. Han de ser ciento veinte.» Finalmente, la familia que no ha aceptado lo lamenta, y dice al hijo que veinte años atrás habían tenido la posibilidad de venderlo. «¿Vas a reprocharnos haberte cuidado?» Y el joven, brutalmente: «Sí, os lo reprocho, ¿cómo habéis sido tan ingenuos? (...) Os merecéis que os abandone.»

Maupassant pone de relieve también (pero cuidado, no mezclamos en ningún caso las situaciones) el problema del racismo. De hecho muestra la reacción de la gente ante las personas de color. Así, en **Boitelle**, se trata precisamente del protagonista del mismo nombre que se enamora de una «negraza», de la que ignora el nombre. Al principio, temiendo la reacción de sus padres, la presenta primero como alguien que tiene un poco de dinero, que es ahorradora, y no es más que al final cuando les dice que es negra. « Sólo hay una cosa, dijo, que podría no gustaros. No es blanca del todo.» La reacción de los padres es inminente: «¿Negra? Pero ¿cuánto? ¿Por toas partes? » [Boitelle] respondía: «Pos claro: Por toas partes, lo mesmo que tú eres blanca por toas partes.» El padre proseguía: « ¿Negra? ¿Tan negra como el alquitrán? » El hijo respondía: «A lo mejor un poquito menos. Es negra, pero no es desagradable. ¡Y la sotana del señor cura es negra! » Y más reflexiones, para desalentar al muchacho, del estilo «¿Y no manchan la ropa más que otras, esas pieles?—No más que la tuya, ya que es su color.» Finalmente no podrá casarse con esa mujer bajo el argumento de sus padres: «... es demasiao negra. (...) ¡Paece Satanás! »

En **Miss Harriet**, siempre respecto a este tema, podemos leer: «La criada Celeste la servía siempre á disgusto, sin que yo acertase á comprender porqué. Acaso únicamente porque miss Harriet era extranjera, de otra raza, de otra lengua, de otra religión. ¡Era positivamente una endemoniada!»

Aun cuando Maupassant hace referencia al racismo en algunos cuentos, eso no implica en absoluto que el normando sea racista. Destaca ese rasgo de carácter como existen otros...

El normando, a través de buen número de cuentos y relatos, aparece como un vividor, al que le gusta reír y beber. Por ejemplo, en **Toine**, el personaje del mismo nombre «Tenía un modo particular de hacer burla de todo el mundo sin enfadar a nadie, una manera propia de guiñar los ojos indicando lo que no decía; y sus accesos de risa, retorciendo el corpachón y golpeándose los muslos, alegraban al más hipocondríaco.» En ese cuento tenemos un estereotipo, el del «gordo jovial», en efecto, Toine «comía y bebía como diez hombres corrientes». Aun enfermo, siempre estaba de buen humor, y rodeado de sus amigos.

Este aspecto del normando también nos lo encontramos, como ya hemos dicho en todas las evocaciones de las comidas que se prolongan durante mucho tiempo.

### **La costa y la llanura de Caux, elementos importantes en la obra de Maupassant**

Viéndola en toda su longitud, la costa es magnífica, una gran pared gris con vetas negras. Esa línea gris de acantilados ha frenado a los bárbaros del Norte, sajones y normandos. Las articulaciones de la orilla adquieren un gran valor. Con sus rígidos acantilados, el litoral del país de Caux es bastante poco favorable a los establecimientos marítimos. La costa de Caux, prolongada por la costa de Vimeux, describe una S invertida. Allí puede observarse completamente el trabajo de la erosión. Las olas rompen creando profundos surcos en la moldeable caliza.

Los normandos conocen la mar, es «una vecina de difícil humor, pero de la que la tierra también sabe sacar un gran provecho.» Maupassant, en tanto que normando, conoció la costa como la conocían los pescadores. En efecto, la exploró varias veces. En sus obras tenemos múltiples descripciones. En *Une Vie*, el episodio de la venganza del conde de Fourville. Los nativos de Étretat, e incluso los turistas, que han percibido ese paisaje, admirarán la claridad y fidelidad de esas descripciones. En efecto, nada falta en ellas, ni las fuentes de agua dulce, ni las olas rompientes, ni los roquedales.

No hay detalle de la vida marítima que Maupassant no haya observado. Vivió la existencia de los pescadores, los de la costa y los de altura. Una vez más, en *Una Vida* (capítulo III), nos lo muestra en la escena del bautismo de la barca en Sport.

El país de Caux sintetiza en efecto la unión entre la tierra y la mar. En **Miss Harriet**, Léon Chenal nos describe ese país. «...llegué una vez a Benoilville, un pueblecillo situado entre Yport y Etretat. Había salido de Fécamp siguiendo la costa, la costa rocosa y lisa como una muralla, con salientes sobre el mar. Anduve toda la mañana sobre el césped fino y suave como una alfombra, que junto al abismo crece oreado por Los aires marines. Y cantando alegremente, ya contemplaba el majestuoso y lento vuelo de una gaviota, cuyas alas blancas destacaban en el cielo azul, ya la vela oscura de una barca de pesca, dibujándose sobre la superficie verde del mar; pasé un día feliz, despreocupado y libre. Me dieron razón de una casa de labranza donde admitían huéspedes, especie de posada, regida por una campesina, en medio de un corralón normando rodeado por una doble fila de hayas.(...) Corría el mes de mayo; los manzanos floridos cubrían el corral con sus perfumadas copas, derramando sus pétalos rosados en continua lluvia, cayendo sobre la hierba...» Igualmente tenemos una muy hermosa descripción de esta costa, que nos permite descubrir no solamente el paisaje, sino también la emoción que suscita. «Era en otoño. A uno y otro lado del camino se

extendían los rastros, mostrando los tallos segados del trigo y la avena, como una barba mal afeitada. (...) Las alondras piaban revoloteando y otros pajarillos cantaban ocultos entre los matorrales.» La costa aparece «alta y recta, con sus salientes rocosos cayendo a pico sobre la mar.» Pero parece allí existir una dualidad de la mar, a la vez «lechosa» y «dura». La historia de **Miss Harriet** es por si misma emotiva, pero el decorado también provoca numerosos sentimientos. Todo contribuye a que el lector sienta la escena: «El aire tibio y embalsamado, lleno de los olores de las hierbas y de las algas, acariciaba el olfato con sus perfumes silvestres, acariciaba el paladar con su sabor marítimo, acariciaba el alma con su dulzura penetrante (...) y absorbíamos, con la boca entreabierta y el pecho dilatado, la fresca brisa que después de atravesar el océano acariciaba nuestra piel: brisa lenta y salada, porque había recibido el beso de las olas.». Por medio de este pasaje, la costa de Caux aparece como un lugar donde todos los sentidos están despiertos.

Habría que citar igualmente a **Pedro y Juan** para describir los parajes de la bahía del Sena, la rada del Havre, la costa de Grâce, el estuario, o incluso los bancos de arena, «que se desplazan a cada marea y engañan incluso a los pilotos de Quileboeuf si éstos no recorren a diario el canal». Sin embargo, opone la costa llana de la Baja Normandía, «que desciende en pastizales, en praderas y en campos hasta la mar», y que tiene ante los espigones del Havre, el gran acantilado «recortado, escarpado, soberbio del país de Caux, inmensa muralla blanca, de la que cada escote oculta un pueblo o un puerto. Étretat, Fécamp, Saint-Valéry, Tréport, Dieppe, etc.» En el capítulo VI de **Pedro y Juan**, podemos apreciar siempre esta unión entre la mar de Caux y los altos acantilados. «el acantilado, al final de ese valle, dominaba el mar en una anchura de ochenta metros. En el marco de las verdes costas, hundiéndose a derecha e izquierda, aparecía a lo lejos un gran triángulo de agua de un azul plateado bajo el sol, y una vela casi invisible semejava un insecto en la lejanía.». Maupassant también hace alusión a los imponentes roquedales que forman esa costa. «un sorprendente caos de enormes rocas hundidas, amontonadas unas sobre otras en una especie de planicie poblada de hierba que se perdía de vista hacia el sur, formada por antiguos hundimientos. Sobre aquella amplia faja de maleza y césped que parecía sacudida por estremecimientos volcánicos, las rocas caídas parecían las ruinas de una inmensa ciudad desaparecida asomada tiempo atrás al océano y dominada por la muralla blanca e interminable del acantilado.» Podríamos apropiarnos de las palabras de Madame Rosémilly para calificar simplemente este paisaje: «Esto es hermoso.»

Por supuesto, Maupassant no deja de citar el acantilado que se extiende a lo largo de la costa «desde Dieppe a El Havre» Así, en **El salto del pastor**, a través de una precisa descripción, nos revela su formación: «la costa es una serie interrumpida de escarpadas rocas de unos cien metros de altura y erguidas como una pared. De trecho en trecho, esta larga hilera de blancos peñascos desciende bruscamente y un vahecho angosto, de rápidas pendientes cubiertas de césped y juncos marinos, baja, desde la meseta cultivada, a una playa cubierta de guijarros, a la que llega por una hondonada semejante al lecho de un torrente. La Naturaleza ha formado estos valles, que las tempestuosas lluvias han rematado con aquellas hondonadas tallando lo que quedaba de roca, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso a los hombres». Como en **Miss Harriet** el autor hace de nuevo referencia a un «un enorme triángulo de agua azul limitada por las verdes pendientes del peñasco y manchada a veces por blancas y lejanas velas en un golpe de sol.»

Maupassant ha observado tanto estos paisajes marítimos, esta «inmensa mar, que rompe a cien metros bajo nosotros sus pequeñas olas», ha observado tan ampliamente «el agua, el sol, las nubes y las rocas» que está como obsesionado, no «puede contar

otra cosa, y simplemente piensa, como se piensa cuando la ola os mece, os aletarga y os pasea.»

La obra de Maupassant nos pone de relieve también la semejanza entre el marino de Caux y el hombre de tierra adentro de la misma raza. Normandía se nos presenta como una tierra de transición, un paso hacia la mar. En efecto, es por mar por donde han llegado los bárbaros del norte que han conquistado la provincia; fue por mar por donde han llevado a otros países y hacia otras conquistas a los duques de Normandía, y los tapices de Bayeux nos muestra, en efecto, el doble aspecto marítimo y terrestre de Guillermo el Bastardo.

El viento marítimo, llamado del noroeste, barre la llanura de Caux: la llovizna, el calabobos han envejecido las antiguas piedras de Rouen. La unión de la tierra y la mar no es más estrecha que en la bahía del Monte Saint Michel, donde dos veces al día, el oleaje viene a cubrir y descubrir la hierba a ras de suelo de los pólder y la arena dorada de los arenales, para retirarle luego hasta el horizonte.

Pero no solamente la mar o la costa tienen un destacado lugar en la obra normanda de Guy de Maupassant; en efecto, podemos igualmente descubrir la belleza de la tierra de la llanura de Caux.



Desde que se alcanzan las cimas de los altos picos normandos, hasta donde alcanza la vista se extiende la llanura de Caux. Con los cambios de estación, como todo paisaje, esa llanura cambia. En los tiempos de labranza, la tierra está estriada con surcos rojos. Después del otoño, todo está salpicado de blanco. En primavera todo está coloreado de un modo matizado, entre la colza amarilla, el verde de la avena y del trigo o aún con el intenso color de las remolachas. Es la época en la que Maupassant encuentra los primeras cunetas, bordeadas de hayas y fresnos...

El paisaje típico normando está igualmente evocado en su obra, así en *Nuestro Corazón*, Maupassant nos descubre el campo de Argentan a través de los ojos de André Mariolle, que va a reunirse con Michèle de Burne en Avranches. En el tren que lo conduce hasta allí, André observa el paisaje: «... ya pasado Argentan, la verde vegetación normanda le fue desviando los ojos hacia las ventanillas. Cruzaba el tren por una prolongada comarca de crestas, que interrumpían algunos valles, en donde prados, pomaradas y altos árboles, cuyas frondosas copas parecían relucir bajo los rayos del sol, rodeaban las haciendas de los campesinos. Estaba concluyendo el mes de julio, era la robusta estación en que florece la savia y la vida en esta tierra, vigorosa nodriza. En los sucesivos cercados, que separaban y unían aquellas elevadas murallas de hojas, había grandes bueyes rubios, vacas de flancos moteados con imprecisos y singulares dibujos, toros rojizos de ancho testuz y colgante pescuezo de carne peluda, de expresión provocativa y altanera, en pie junto a las cercas o tendidos en los pastos que les henchían los vientres; y así hasta el infinito por aquel rozagante paraje de cuyo suelo parecía rezumar sidra y carne.»

## **El clima: componente esencial de Normandía**

Normandía no es reputada por ser una región soleada, aun cuando en ocasiones haya hermosos días. Eso es lo que Maupassant ha querido plasmar en algunas de sus obras, mostrando el aspecto más bien violento del clima normando.

Desde las primeras líneas de *Una Vida*, Maupassant sumerge al lector en la húmeda atmósfera de Normandía; «Toda la noche había estado sonando el aguacero contra los cristales y los tejados. Era como si hubiera reventado el cielo, bajo y grávido de agua, y se estuviese vaciando sobre la tierra, diluyéndola hasta convertirla en papilla, deshaciéndola igual que si fuera azúcar. Pasaban ráfagas cargadas de bochorno. El retumbar de los arroyos desbordados llenaba las calles desiertas, las casas chupaban como esponjas aquella humedad que se les metía dentro y, del sótano al desván, hacía rezumar las paredes.» Después de haber presentado a los personajes, el autor vuelve a evocar de nuevo la lluvia, lo que demuestra a las claras su carácter incesante: «Y aquella lluvia que llevaba cayendo sin tregua desde la víspera por la noche era el primer disgusto de consideración de su vida (...) pero paulatinamente la villencia del aguacero iba cejando; no quedó ya luego sino algo así como una neblina, un finísimo y revoloteante polvillo de lluvia. La bóveda de nubes parecía irse elevando y haciéndose más blanca, (...)» El clima, en este primer capítulo, parece influir sobre el comportamiento de los personajes, como un paisaje anímico.

El viento y el frío también ocupan su lugar en la obra normanda de Maupassant, especialmente en el breve cuento **Amor**. «...ese viento terrible de la mañana que rasga las carnes coma una sierra, y la corta como una espada, y la hiere coma una aguja envenenada, y la retuerce coma unas tenazas, y la quema como el fuego.» «Helaba hasta agrietar las piedras. (...) Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de fría. El aire glacial hace tanto daño, que parece palpable; no lo agita soplo alguno; diríase que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos, que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida par el fúnebre abrazo del frío.»

Al comienzo del cuento **El borracho**, Maupassant describe la incruenta climatología del litoral, la violencia de la tempestad. «El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo enormes nubes invernales, pesadas y negras, que arrojaban al pasar sobre la tierra furiosos chaparrones. El mar encrespado bramaba y azotaba la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que se desplomaban con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, igual que el sudor de un monstruo. El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía andar sujetándose a las paredes, y capaces de levantar a un niño como si fuera una hoja y de arrojarlo al campo por encima de las casas.»

Al final de su vida, Maupassant no soportaba la humedad y el frío de Normandía. En **Primera nevada**, describe a los cuervos, su estrépito y su lúgubre aspecto. Su madre también se quejaba de esas aves que le impedían dormir en Miromesnil.

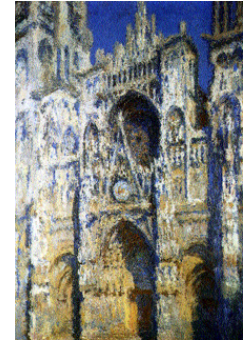


## La evocación de las ciudades normandas

En el siglo XIX, la ciudad ocupa un lugar preferente en las obras literarias, especialmente en la de Balzac. En efecto, son el reflejo de la sociedad que cambia o se estanca. En la obra de Guy de Maupassant, la ciudad es a la vez una buena excusa para plasmar la belleza del paisaje normando, pero también para reflejar los sentimientos de los personajes. Dos ciudades especialmente, destacan en un primer plano, Rouen y Étretat.

En lo referente a Rouen, capital de la región del Sena-Inferior, la descripción más completa y precisa se encuentra en el primer capítulo de la segunda parte de *Bel Ami* «La ciudad aparecía en la orilla derecha, un poco ahogada en la bruma matinal, con resplandores de sol sobre los tejados y sus mil campanarios ligeros, puntiagudos o rechonchos, frágiles y labrados como joyas gigantescas, con sus torres cuadradas o redondas rematadas por coronas heráldicas, sus atalayas, sus pináculos, todo el pueblo gótico de los remates de las iglesias dominado por la felcha aguda de la catedral, sorprendente aguja de bronce, fea, extraña y desmesurada, la más alta del mundo.»

Maupassant insiste en la belleza de la catedral de Rouen, al principio de un cuento corto, **Un normando**, utilizando el mismo ritmo en la descripción: «Rouen, la ciudad de las iglesias y de las torres góticas, cinceladas con minuciosidad de figurillas de marfil (...) Aquí, la aguja de la catedral, el más alto pináculo de los monumentos humanos.» Podemos observar que incluso son empleadas las mismas palabras y las mismas expresiones en el mismo orden.



Como ya hemos visto en el análisis sobre la evocación de la costa del país de Caux, Étretat es una ciudad fundamental en su obra. Son los famosos acantilados, quiénes dan renombre a esta ciudad, los que están descritos. Por ejemplo, en **La modelo**, tenemos una interesante descripción: «Encorvado como una media luna, el pueblo de Etretat, con sus arenas blancas, sus blancas rocas y su mar azul, reposada tranquilamente bajo el sol de un hermoso día de julio. A uno y otro extremo de la media luna, los dos muelles, el menor a la derecha y el mayor a la izquierda, cortaban el agua tranquila; el primero, como un pequeño pie, y el segundo, como una pierna colosal; y la aguja, casi tan alta como el acantilado, amplía en la base, afilada en la cima, apuntaba hacia el cielo su cabeza puntiaguda.»

La mejor descripción de Étretat se encuentra sin lugar a dudas en el cuento **Adiós**: «Nada tan delicioso como aquella playa [de Étretat], tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los rudos embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado; (...) El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonrío a los ojos..»